

Luis Fernando Restrepo

Postscriptum.

Retos y encrucijadas de los estudios coloniales

Los ensayos incluidos en este número de *Cuadernos de Literatura* indagan en la construcción de espacios urbanos, examinan textos hasta hace poco marginados y abordan otras prácticas culturales. Aunque modesta muestra, esta gama de aproximaciones evidencia las hondas transformaciones que se han presentado durante las últimas dos décadas, en las cuales se rompió el vaso que hasta entonces había contenido, como precioso líquido inmanente, la literatura colonial.

La esmerada labor de buscar, exhumar, transcribir y editar textos del período colonial para llenar el “vacío” y definir los “orígenes” de la literatura “nacional” queda en tela de juicio, pues no se trata de completar el mapa que teníamos sino de rehacerlo por completo, junto con las formas y los fines mismos¹. Tal situación, debida tanto a los cambios en el ámbito de estudio como a las alteraciones macrohistóricas en Occidente tras la posguerra y la caída del muro de Berlín, sin duda presenta retos y encrucijadas que es preciso asumir. En este artículo, quiero deslindar cuatro temas que ha

1 En cuanto al uso de textos coloniales para llenar un vacío en el discurso nacionalista y formar una noción oficial de literatura, véase la tesis doctoral de Nelson González (1992). En la *Historia crítica de la literatura colombiana* (1992), de Héctor Orjuela, lo colonial es visto como origen de lo nacional: “Esta historia intenta llenar un gran vacío en la crítica de las letras nacionales...” (1, 9). Pero, si se ha tratado de oficializar la literatura, tampoco han faltado los estudios contrahegemónicos, entre ellos el de Nelson González, cuyo trabajo sobre la canonización de Jiménez de Quesada es riguroso y acertado; el de Carlos Rincón, *El cambio actual en la noción de literatura* (1978); el de Rafael Gutiérrez Girardot, *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989), o el de Helena Araújo, “De 1900 a hoy en Colombia: sitio a la ‘Atenas suramericana’” (1990).

de sortear la crítica de los estudios coloniales en la actualidad y en los años venideros si en realidad desea trabajar por la descolonización de sus prácticas. Las siguientes líneas surgen de un afán de reflexión más que de prescripción.

Mi punto de partida son los llamados estudios poscoloniales². A grandes rasgos, sus antecedentes son los siguientes. Hace ya un par de décadas, la llamada crítica poscolonial comenzó examinando los aspectos culturales de los imperialismos europeos modernos. Edward Said, por ejemplo, examinó en su libro *Orientalismo* (1978) cómo las diferentes disciplinas europeas (literatura, lingüística, antropología, etc.) eran arte y parte del proceso colonizador. Este tipo de análisis de lo que se denominó 'el discurso colonial', se dió también en los estudios latinoamericanos a partir de los ochenta, en trabajos de Rolena Adorno, Peter Hulme, José Rabasa y Walter Mignolo, entre otros. Si bien el enfoque inicial fue en los períodos coloniales (las disímiles experiencias británica en India y África e ibérica en las Américas) recientemente la mirada se ha tornado más y más hacia el presente, donde no basta con denunciar los prejuicios de la ciencia europea o de los cronistas de América sino que es preciso considerar cómo nuestro propio quehacer reproduce la violencia colonial y qué tan concientes estamos de los contextos neocoloniales que enmarcan nuestro quehacer³.

Crítica y nacionalismos

Trabajo para mi patria.

José María VERGARA Y VERGARA

En Colombia, el estudio de las letras coloniales ha sido considerado fundamental en la definición de la colombianidad. Junto con las mitologías prehispánicas, las letras

² La cuestión es distinguir entre medios y fines. La crítica contemporánea resulta útil cuando plantea interrogantes que iluminen el pasado. No se trata de un proceso unidireccional: el pasado también puede ayudarnos a afrontar el presente, como en el caso de las dificultades que sortearon algunos misioneros coloniales y escritores como Guamán Poma o el cacique de Turmequé.

³ Ver, por ejemplo, *A Critique of Postcolonial Reason* (1999), de Gayatri Spivak; *Local Histories/Global Designs* (2000), de Walter Mignolo; *Provincializing Europe* (2000), de Dipesh Chakrabarty; *Writing Violence on the Northern Frontier* (2000), de José Rabasa; *Pensar (en) los intersticios: teoría y práctica de la crítica poscolonial* (1999), editado por Santiago Castro Gómez, Óscar Guardiola Rivera y Carmen Millán de Benavides en el Instituto Pensar de la Pontificia Universidad Javeriana.

coloniales han sido vistas como los orígenes de Colombia⁴. Desde José María Vergara y Vergara hasta nuestros días, críticos e historiadores de la literatura han narrado y re-narrado la nación, elaborando y reelaborando un canon patrio que dio pie a diversas políticas de la memoria, es decir, políticas culturales basadas en historias (construcciones de un pasado) que se han imaginado Colombia en los términos de *una* comunidad política⁵. El Nuevo Reino de Granada no es Colombia ni su origen natural. Mi trabajo crítico me ha llevado a ver ambos conceptos como construcciones culturales históricas. Por tal virtud, pienso que la clave no radica sólo en delucidar las continuidades y las rupturas entre uno y otro, sino también en ver de qué modos el pasado neogranadino puede ayudar a enfrentar estos tiempos aciagos. Entonces, como partícipe en esta historia, viviendo fuera de Colombia pero ganándome la vida con su literatura en la academia norteamericana, siento que el tema de la nación resulta para mí

4 Al respecto, es ilustrativo el *Manual de literatura colombiana* (1988) de Procultura. Los editores, tras señalar que se concentrarán en “nuestros autores literarios más destacados”, afirman lo siguiente: “El *Manual* arranca desde los primeros descubridores y cronistas, es decir, desde el momento mismo de nuestra vinculación a la civilización occidental” (1, 11). Nada anterior o externo a tal “civilización occidental” parece tener lugar allí, aunque haya un supuesto *nosotros* que antecede a la colonización. También es notable la estrecha mirada del volumen *Literatura en la colonia* (1995), de Rocío Vélez de Piedrahíta: “Tal vez debido a la escasez de grandes valores, existe entre nosotros una tendencia a confundir con *literato* a toda persona que sabe expresarse correctamente por escrito. [...] Se ha convenido en alistar entre los escritores a todos los funcionarios civiles o religiosos que presentaron informes redactados correctamente o con datos interesantes o curiosos, pero con un carácter meramente informativo, sin fines literarios, y cuyo valor con el tiempo es principalmente histórico” (20). No caben aquí numerosos cronistas ni tratadistas, ni los escritores científicos de la Expedición Botánica ni textos políticos de la Independencia. En cuanto al idioma, pese a que Colombia es un país multilingüe (reconocido como tal en la Constitución de 1991), Vélez de Piedrahíta afirma lo siguiente: “En Colombia se habla español. Habríamos podido hablar quechua, o un idioma híbrido del chibcha y el español, o una degeneración del español, pero, por razones que trataré de esbozar más adelante, prevaleció el español” (25).

5 Sobre ese proceso de homogeneización, María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Robledo hacen una muy consciente reflexión en su ensayo preliminar a los tres volúmenes de *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX* (2000). Esta colección trata precisamente de romper con esa visión homogeneizadora y examinar una variada gama de textos y temáticas. Es una obra valiosa, si bien la visión de la modernidad y la modernización en el ensayo introductorio resulta problemática, como bien señala Poppel, por desligar la literatura moderna del proyecto nacional y restringir la modernidad colombiana como un proceso que se inicia en la primera mitad del siglo XX (Poppel, 125). “¿De qué modernidad hablamos?”: esta pregunta de Poppel resalta la importancia y la necesidad de retomar el tema de la modernidad.

inoslayable en tanto me interroga para qué escribo crítica y para quiénes. Éstas son, en todo caso, preguntas que trascienden mi situación particular e incumben a toda la crítica colombiana y colombianista, sobre todo hoy, ante la inadmisibile violencia que vive el país y la violencia no menos sutil de la geopolítica neoliberal.

La historia de la crítica y de la historiografía literaria colombiana y colombianista está aún por escribirse, aunque ha habido algunos intentos. Héctor Orjuela, por ejemplo, ofrece un buen inventario de las historias de la literatura en Colombia en su *Historia crítica de la literatura colombiana*⁶. En el último número de la revista *Estudios de Literatura Colombiana* (2000), Hubert Poppel hace una muy oportuna invitación a abordar este asunto de tanta importancia, pues sin una historia tal andamos a tientas. ¿Cómo esbozarla? Quizá como una historia de apertura (progreso, modernización, democratización, etc.)⁷, como una saga arqueológica de hallazgos, exhumaciones y reconstrucciones de un pasado nacionalizado o bien, por el contrario, como la separación (la autonomía) de la literatura en relación con el proyecto nacional (ver Poppel).

El concepto de patria parece mantener su gran importancia en la escritura, la enseñanza, la promoción, la investigación, la (re)colección y múltiples prácticas asociadas con la literatura, aunque vivamos en una época de globalización, multiculturalismo y posmodernidad, que juntos hacen irrisibles los grandes relatos de la modernidad: los estados nacionales con una lengua, un pueblo, una literatura; el progreso, la libertad y todo lo demás. Y no es por puro despiste que aún estamos embarcados en la nación. Ésta es aún un espacio vital de negociación ante las asimétricas relaciones entre lo local y lo global, visto en este contexto más como frontera que como espacio natural autónomo, homogéneo. En esta nación frontera, no hecha sino en continua negociación, la crítica actual tiene que sortearse, en el país o por fuera, en los mercados teóricos que se despliega, en el neoliberalismo que habita, ante el multiculturalismo y sus programas. El reto consiste en que resulta difícil (¿o ingenuo?) apostarle a la nación cuando históricamente ha sido la mala del paseo por los etnocidios y las marginalizaciones. La clave radica en definir qué tipo de nación o qué otra forma de colectividad podremos o estaremos dispuestos a pactar. No creo que exista una fórmula simple.

6 Véase el número de la revista *Senderos* (Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 1993) dedicado a "Críticos y críticas".

7 Acerca de las historias literarias como narraciones que el historiador entrama, véase Peter Burger, "On Literary History" (1985).

El humanismo neoliberal

La Declaración de los Derechos Humanos y la Constitución Nacional de Colombia promulgada en 1991 son cartas de grandes promesas de respeto a la vida y a los derechos tanto individuales como colectivos de las diferentes etnias. El simple respeto de esos principios fundamentales sería un inmenso logro, sin duda. Pero, en una perspectiva poscolonial, cumplir esas leyes, por nobles que sean, es limitar considerablemente el proceso de descolonización. Hay que ir más allá, pues la noción de individuo que presuponen los derechos humanos y el proyecto nacional representa estrictamente una concepción occidental de compleja raigambre colonial. Individualizar al otro (el niño, la mujer, el indígena, el negro, el inmigrante) es un proceso de incorporación al *status quo*, más que una transformación del sistema para dar cabida a las diversas subjetividades y colectividades: no hay en ello un cambio sustancial del espacio público. Este humanismo es justamente aquel que con el nombre de multiculturalismo esgrimen las políticas neoliberales y me preocupa por dos aspectos. En primer lugar, la globalización como un proceso de democratización a nivel macro es una falacia. El NAFTA, la Unión Europea y el proyecto de la Cumbre de las Américas facilitan un intercambio de bienes y servicios tan desigual que resulta difícil no catalogarlo como neocolonial. La marginación se acentúa: el comercio libre va a la par con la cerrazón de las fronteras, como lo ilustra un reciente texto publicado en una revista conservadora, *Foreign Affairs*. Martin Wolf, autor de este artículo, titulado "Will the Nation-State Survive Globalization?" ["¿Sobrevivirá el Estado nacional a la globalización?"], defiende la importancia del Estado nacional como protector de la propiedad privada y de la recaudación de impuestos y como agente de control social:

Irónicamente, la tecnología que se supone hará inevitable la globalización también permite incrementar la vigilancia por parte del Estado, particularmente de los individuos, mucho más de lo que era posible hace un siglo. En efecto, éste es el mundo de hoy: uno de libre movimiento de capital, con ciertas restricciones al comercio de bienes y servicios (aunque en descenso), pero de un firme control sobre el movimiento de los individuos [184, traducción de Luis Fernando Restrepo].

En tales circunstancias, es ingenuo ignorar las presiones que a través del Estado ejercen las no tan nuevas geopolíticas sobre diversas regiones del mundo. A los estudios coloniales les queda difícil, éticamente, resistirse a ver esta realidad o bien darle

la espalda y condenar cómodamente los mismos procesos durante el llamado período colonial (entre 1492 y 1810 para Euroamérica).

Un segundo aspecto preocupante del humanismo liberal es el relativismo cultural que acompaña al multiculturalismo. El respeto a toda cultura, a toda diferencia, simplemente por ser diferente, implica observar sólo la superficie, no su valor. Eso puede conducirnos a ciertos equívocos garrafales, como bien lo ha expresado recientemente Terry Eagleton. Por ejemplo, ¿de qué manera distinguir entre el respeto de la cultura de los embera y el respeto de la cultura del paramilitarismo, la cultura del sicariato o la cultura del terrorismo de Estado? Entonces, dados los contextos neocoloniales, el reto consiste en intervenir en lo local y establecer qué tipo de diferencias es posible articular sin caer en un provincialismo o un nativismo acríticos.

Con respecto a la individuación del otro, la escritura conventual de la mujer en la colonia resulta ilustrativa. Valdría la pena preguntarnos si las recientes ediciones de biografías, vidas espirituales, afectos, etc., no tienden acaso a privilegiar ciertos tipos de subjetividad hoy hegemónicos que nacieron con la imprenta y el capitalismo. ¿Es preciso reconocer que la modernidad barroca y colonial de las *Indias Occidentales* fue teatro de múltiples y complejas subjetividades articuladas en distintos discursos, espacios y prácticas que rebasaron la ciudad letrada? Por ende, ¿no resulta problemática la demanda de literatura indígena, negra o de otra índole, si no se cuestiona a fondo el bagaje histórico de categorías como autor, obra, literatura y cultura?

La modernidad en una perspectiva global

La mirada tradicional ha presentado la modernidad como un proyecto emancipador que provino de Europa, aunque en forma tardía e incompleta. Seducidos por la modernidad, parece que nos hubiéramos negado a ver bien su otra cara, el colonialismo, convencidos de que las ideas comúnmente asociadas con la modernidad nos llegaron de su vertiente ilustrada (anglo-francesa), cuando ésta empezó en realidad con el imperialismo ibérico. Las recientes y menos etnocéntricas aproximaciones a la modernidad, como las de los críticos Immanuel Wallerstein, Enrique Dussel y otros, invitan a considerar más dinámico y multidireccional este proceso de modernidad/colonización en el cual las Américas y otros territorios coloniales han sido coproductores del actual sistema del mundo y de la modernidad. En su clásico estudio sobre el imperialismo y las narraciones de viaje, Mary Louise Pratt muestra que Humboldt, si bien presenta las Américas como un espacio natural, entra en diálogo con intelectuales criollos como

José Celestino Mutis, pero éstos aparecen en última instancia como dadores de información americana, lejos de ser coproductores de conocimientos, y ni los criollos ni los indígenas son considerados como plenos sujetos del conocimiento (ver Higgins). Así, el reto consiste en rescatar aquellos saberes y sujetos del conocimiento —con sus visiones de la modernidad o sus alternativas a ésta— marginados por el proyecto hegemónico de la modernidad en la época del Nuevo Reino y posteriormente.

Los mercados teóricos

En 1991, en un ensayo acerca de las investigaciones sobre la literatura en Colombia, Montserrat Ordóñez resaltaba la poca competencia teórica de la crítica colombiana y la resistencia que mostraba frente a la teoría. Con la creciente incorporación de ésta, surgen preguntas en cuanto a su aplicabilidad y lo que representa en el quehacer crítico colombiano y colombianista.

El mayor grado de reflexividad de la crítica contemporánea ha puesto en evidencia que el mercado teórico reafirma en diversas formas las relaciones coloniales entre los intelectuales de los centros metropolitanos y aquellos de los territorios coloniales de otrora. Señalar la metrópolis como productora de teoría frente a unos sufragáneos consumidores es una costumbre familiar que no se limita al ámbito teórico. Ni la crítica poscolonial se salva de esta impugnación, como bien lo ha señalado Aijaz Ajmad. Sin embargo, en Latinoamérica han surgido varias propuestas críticas de esa relación asimétrica: por parte de Andrés Bello en sus textos o de José Martí en “Nuestra América”, cuando rechaza el libro importado, o bien de los “antropófagos” brasileños de principios del siglo XX, que hicieron del canibalismo la mejor metáfora para expresar las relaciones culturales de la contemporaneidad. Así en el ámbito de la teoría como en lo atinente a “la nación”, no cabe desconocer —ni de una manera ingenua— los contextos macro ni se puede caer en un provincialismo acrítico.

Comencemos por aceptar que, en cuanto a la teoría, no hay grado cero ni vuelta atrás. Tampoco se trata de fetichizarla, pues en todo caso es un género literario (discursivo), ni de abordar de forma unidireccional su relación con las diversas prácticas discursivas. Éste es un tema que merece una mayor profundidad de estudio, pero más me interesa resaltar aquí el problema de los cánones teóricos, que no radica en la teoría en sí, sino en los procesos de canonización de ciertas teorías y en la marginación de otras (Coronil, xlii). Como lo sugiere Fernando Coronil, tomemos la teoría en sus términos más generales, como una forma autocrítica de conocimiento, la cual se da en

cualquier espacio y se produce o reproduce en múltiples formas y contextos. Ahora bien, los procesos de canonización y las mediaciones institucionales, tecnológicas o de otra clase, las inscriben en las relaciones neocoloniales. Sin embargo, como productos culturales, las teorías circulan y están sujetas a apropiaciones y transculturaciones. Entonces, la teoría no puede ser vista de un modo maniqueo como colonizadora, pero tampoco es posible desconocer los contextos que rodean su producción y su circulación ni la canonización, la marginación o la supresión de diversas teorías. Cuando se consideran subalternos otros saberes y otras teorías, la teoría y los regímenes teóricos (modas o paradigmas) se tornan parte de la violencia epistemológica característica de los discursos coloniales. En últimas, el reto clave de los estudios coloniales consiste en no ver el pasado como objeto de anticuario, sino como una práctica constructora de una memoria amplia y crítica que nos despeje el terreno para poder negociar este presente en el que nos estamos matando.

Bibliografía

- AJMAD, Aijaz. *In Theory: Classes, Nations, Literatures*. London: Verso, 1992.
- ARAÚJO, Helena. "De 1900 a hoy: sitio a la 'Atenas suramericana'". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 27, 24-25 (1990), pp. 167-182.
- BURGER, Peter. "On Literary History". En: *Poetics*, 14 (1985), pp. 199-207.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago; GUARDIOLA RIVERA, Óscar; MILLÁN DE BENAVIDES, Carmen (eds.). *Pensar (en) los intersticios: teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Bogotá: Instituto Pensar, Universidad Javeriana, 1999.
- CHAKRABARTY, Dipesh. *Provincializing Europe*. Princeton: The Princeton University Press, 2000.
- CORONIL, Fernando. "Transculturation and the Politics of Theory". En: F. ORTIZ, *Cuban Counterpoint* (Durham: The Duke University Press, 1995), pp. ix-lvi.
- DUSSEL, Enrique. *The Invention of the Americas*. New York: Continuum, 1995.
- EAGLETON, Terry. *The Idea of Culture*. Oxford: Blackwell, 2000.
- GONZÁLEZ ORTEGA, Nelson Arturo. "Formación y subversión del concepto oficial de historia y literatura nacional en Colombia". Tesis doctoral. Madison: The Madison University, 1992.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Cave Canem, 1989.

- HIGGINS, Anthony. *Constructing the Criollo Archive*. West Lafayette, Indiana: The Purdue University Press, 2000.
- JARAMILLO, María Mercedes; OSORIO, Betty; ROBLEDO, Ángela Inés (eds.). *Literatura y cultura*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000; tres volúmenes.
- MIGNOLO, Walter. *Local Histories / Global Designs*. Princeton: The Princeton University Press, 2000.
- ORDÓÑEZ, Montserrat. "Investigación y literatura". En: Carlos B. GUTIÉRREZ (ed.), *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las ciencias sociales* (Bogotá: Universidad de los Andes, 1991), pp. 133-149.
- ORJUELA, Héctor. *Historia crítica de la literatura colombiana*. Bogotá: Editorial Kelly, 1992; tres volúmenes.
- POPPEL, H. "Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX. Invitación a un debate". En: *Estudios de Literatura Colombiana*, 7 (2000), pp. 117-127.
- PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London y New York: Routledge, 1992.
- RABASA, José. *Writing Violence in the Northern Frontier. The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest*. Durham y London: The Duke University Press, 2000.
- Revista *Dissens*, <http://www.javeriana.edu.co/pensar/Dr.html>.
- Revista *Senderos*, 5, 27-28 (1993), número dedicado a "Críticos y críticas".
- RINCÓN, Carlos. *El cambio actual en la noción de literatura*. Bogotá: Colcultura, 1978.
- SAID, Edward. *Orientalism*. New York: Vintage, 1978.
- SPIVAK, Gayatri. *A Critique of Postcolonial Reason*. Cambridge: The Harvard University Press, 1999.
- VÉLEZ DE PIEDRAHÍTA, Rocío. *Literatura en la colonia*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto, 1995.
- VERGARA Y VERGARA, José María. *Historia de la literatura en la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial ABC, 1958 [1867].
- WALLERSTEIN, Immanuel. *The Modern World System*. New York: The Academic Press, 1974.
- WOLF, Martin. "Will the Nation-State Survive Globalization?". En: *Foreign Affairs*, 80, 1 (2001), pp. 178-190.